

cálculo que antes de él nadie había hecho; y tan bien procedió, que el valor que encontró solo difiere en un veintavo en menos del verdadero. Sin temor de equivocarse puede calificarse á Cassini del primer astrónomo de su tiempo despues de Newton; desgraciadamente en los últimos años de su vida se quedó ciego, como su gran maestro Galileo.

Las matemáticas encontraron en el florentino Vicente Viviani, uno de los últimos discípulos de Galileo, un digno representante, que además de sus excelentes trabajos prácticos hidrostáticos y de fortificación en el servicio de los Médicis, publicó varias obras de matemáticas sublimes y de su aplicación á la arquitectura. Luis XIV le concedió también una pensión y le hizo grandes regalos, que le permitieron adquirir una casa, en cuya fachada puso agradecido y aludiendo al segundo nombre del rey de Francia, *Diosdado*, la inscripción de doble sentido *Ædes á Deo data*.



Una batalla. Cuadro de Salvador Rosa

cion. Innumerables son sus investigaciones fisiológicas y anatómicas de los animales inferiores, cada una de las cuales llevó la luz á otros tantos puntos oscuros de la ciencia. Este observador tan positivo, material, meticulosamente exacto y práctico de la naturaleza humana y animal, era, ¡cosa admirable! poeta y sus versos se distinguen por su pureza, armonía y carácter noble y adecuado al objeto, mucho mas como puede suponerse que por la plenitud y vuelo de imágenes. Finalmente era gramático y filólogo escrupuloso, cosa ya mas en armonía con sus demás estudios, pero no menos digna de admiración.

Los hombres que acabamos de citar solo son las eminencias, la flor y nata de un ejército innumerable de pensadores y doctos distinguidísimos que hicieron honor á su patria, suelo clásico y venerando de la civilización antigua al cual alumbraron también en el siglo xvii de que tratamos, con los fulgores resplandecientes de sus investigaciones y demás trabajos científicos, á pesar de no tener ya su país el cetro del mundo. A últimos del mismo siglo la Francia y la Inglaterra le quitaron la preeminencia en el terreno de las ciencias positivas y naturales.

En las artes solo ofrece la Italia de la época de Luis XIV una débil reminiscencia de su grandeza pasada. En la pintura disputábase la preeminencia la escuela imitativa, minuciosa en la ejecución técnica, de los Caracci, y que se enorgullecía entonces de talentos de primer orden como Anibal Caracci,

No cedieron en nada á las ciencias matemáticas las ciencias naturales descriptivas en la Italia de aquella época. Uno de los naturalistas mas ilustres fué Francisco Redi, que nació en Arezzo en 1626 y murió en 1697. Hombre notabilísimo, de conocimientos si cabe mucho mas generales á la par que profundos que su contemporáneo Cassini, y médico de cámara de Fernando II de Toscana, hizo cruda guerra á las teorías incompletas y parciales que entonces dominaban, designando en su lugar la experiencia como el mejor maestro; con lo cual y con sus admirables curas prácticas, adquirió una fama universal. Como naturalista tuvo en primer término el mérito de probar por experimentos la generación de los insectos de huevos como los demás organismos animales, acabando así con la creencia entonces general, en la llamada *generación equívoca* (*generatio æquivoca*) segun la cual nacían los insectos de sustancias orgánicas en putrefac-

el Dominiquino y Guido Reni, y la escuela naturalista, sensual y muy material de Miguel Angel Amerighi, llamado Caravaggio, y cuya influencia sobre la pintura de todos los países fué en aquel siglo casi siempre lamentable. Los centros principales de este arte se habian ido estableciendo poco á poco en los dos extremos de la península, en Nápoles y en la Lombardía. El eslabon que unía á las citadas dos escuelas estaba formado por Juan Francisco Barbieri, llamado Guercino, al principio discípulo de Luis Caracci, el cual debió la seguridad en los perfiles, la hermosura de sus composiciones, la gracia y la dignidad que distinguen y respiran sus cuadros, y á cuyas cualidades eminentes añadió los asombrosos y atrevidos efectos de luz de Caravaggio, efectos que aumentó todavía con mayores contrastes por medio de anchas sombras, y de mezclas de color muy atrevidas y no obstante armoniosas. Lo que en vano se busca en sus lienzos es el ideal, puesto que era ante todo realista; á lo mas se eleva á una poesía idílica. Entre los muchos discípulos de Guercino solo citaremos á Juan Bautista Salvi, llamado Sassoferrato, artista algo limitado, pero amable y agraciado y cuyos innumerables cuadros devotos se caracterizan por la expresión de una piedad íntima que no llega al éxtasis completo.

La escuela de Caravaggio se arraigó especialmente bajo el ardiente cielo de Nápoles, donde su fuerte tendencia realista correspondía perfectamente al carácter del pueblo. Los motivos favoritos de los artistas napolitanos, influidos

además, á causa de las circunstancias políticas de su país, por el arte español, eran las pasiones enérgicas y las escenas terroríficas. Uno de los mas moderados fué Salvador Rosa, que vivió desde 1615 hasta 1675, y á quien también debemos citar entre los poetas. Debió su fama en primera línea á sus paisajes, en los cuales, segun opinión de un historiador moderno del arte, muestra «una preferencia apasionadísima y audaz á las escenas mas imponentes de la naturaleza, á los desiertos y soledades fragosas y horripilantes que realza con figuras siniestras de forajidos; á los elementos desencadenados, el mar, las rompientes, la tempestad, las barrancas peñascosas, escarpadas y sombrías, en todo lo cual es maestro y su pincel vigorosísimo.» Sin embargo no se limitó Rosa á este género; también nos ha dejado cuadros históricos, en los cuales le impide elevarse á gran altura su índole realista, apasionada, pero material. Interesantes son sus batallas por la representación atrevida pero segura de la vida agitada, tumultuosa y constantemente cambiante.

El arte italiano en decadencia sirvió todavía de modelo á los países septentrionales, en las artes plásticas en mayor grado que en la pintura. Para las artes plásticas sirvió de modelo en todos los países, inclusive el suyo, Lorenzo Bernini, que vivió desde 1598 hasta 1680. Hijo de Nápoles y dotado brillantemente por la naturaleza, dejése arrastrar por la corriente general de su época, que habiendo perdido la conciencia y la confianza enérgica en su individualidad, y el punto de apoyo para un ideal puro, buscaba como ebria de imágenes sensuales tan solo efectos escénicos. Esta corriente desviaba la pintura de la senda que conduce á la cumbre del arte, pero en mucho mayor grado impedía á las artes plásticas llegar á esta meta, porque faltas del poderoso auxilio del colorido pictórico, estaban reducidas á buscar todo su efecto en la caracterización de lo sublime, de lo ideal éxtático. La representación de los momentos de gran pasión es enteramente contraria á la verdadera misión de la escultura. En esto está cabalmente el defecto de Bernini que sacrifica el arte verdadero y santo á la destreza mecánica y refinada que poseía sin ninguna duda en altísimo grado y en todos los géneros. El fué quien creó los modelos de todas aquellas innumerables ninfas coquetas que solo aparentan resistirse en los brazos de lascivos raptos, ya se llamen Pluton, ya Júpiter, ya romanos; de aquellas figuras ecuestres tan fanfarronas con sus caballos encabritados y su expresión estúpida; de aquellos ángeles éxtáticos, y de aquellos luchadores patanes y hercúleos, que parecen á punto de mostrar en una barraca de feria al populacho su fuerza levantando con una mano un peso de cinco quintales; en una palabra de todas aquellas figuras antipáticas y sensuales que en confusión desordenada llenaban las calles, plazas, iglesias, palacios, jardines y puentes á fines del siglo xvii y principios del xviii. Para este arte no habia cosa ni idea santa; todo lo profanaba. Bajo su buril se cambiaba el sacrificio del mártir de su fe en horrible convulsión de una dolorosa agonía, el éxtasis religioso en miradita provocativa, y las figuras de mujeres piadosas y castas en las de meretrices de ropaje trasparente. Este arte de escenario, sin corazón, acude á la mas torpe sensualidad para dar vida á sus figuras alegóricas en contra de todos los principios del arte. Cuando Miguel Angel quiso representar la vida contemplativa, creó una Raquel; pero Bernini cuando quiere ensalzar al varon virtuoso representa sobre su tumba la virtud derribando en tierra al vicio, y la religión vapuleando con rayos á la impiedad bajo la figura de Megera, una de las tres furias, y naturalmente tan feísima que el espectador no puede menos de encontrar muy merecido el castigo.

Tal era el artista que dominó su época completamente,

como desde Miguel Angel no ha dominado el mundo artista ninguno; porque también era arquitecto Bernini, y así como llenó de sus estatuas el interior de los edificios de Roma, del mismo modo llenó las calles de sus fachadas, porque dirigió las construcciones durante el reinado nada menos que de seis Papas. La desfiguración barroca, estrafalaria de la basilica de San Pedro y las dos «orejas de asno» del Panteon bastan por sí solas para condenarle como arquitecto, pero la decoración del tabernáculo de bronce, tan colosal como horrible, del altar mayor de la iglesia de San Pedro, decoración que parece obra de un demente y que echa á perder la impresión del conjunto de esta fábrica, pone el colmo á sus pecados de artista.

Resumiendo todo el movimiento intelectual de la época de Luis XIV, notamos en todos los ramos descenso, decadencia y degeneración, excepto en las ciencias críticas, en las naturales y en la filosofía; y estas no tardaron en tomar una actitud hostil contra las tendencias políticas y eclesiásticas del gran rey de Francia.

CAPITULO VI

EL DESPOTISMO DE LUIS XIV. LAS REUNIONES Y LA ANULACION DEL EDICTO DE NANTES

«La paz de Nimega no pasa de una tregua». Esta era la idea dominante que como angustiada pesadilla inquietaba á toda la Europa; y en efecto para Luis XIV no era mas que una tregua, una etapa, un punto de descanso en su carrera de conquistas. ¿Quién le opondría resistencia? Toda la Europa se habia coligado contra él, y toda la Europa habia sucumbido á impulso de sus armas; nadie se atrevía ya á hacer frente á la Francia. En lugar de la casa de Austria, muy distante ya de los planes y posición del emperador Carlos Quinto, encumbrábase amenazadora la monarquía universal francesa, no porque entrara en los planes de Luis XIV someter directamente la mayor parte de Europa á su centro, como soñó posteriormente Napoleon I, sino porque ambicionaba hacer evidente para todos los Estados su preponderancia, y obligar á toda la Europa, y con ella á todo el mundo, á someterse á su voluntad como ley suprema y única decisiva. La fortuna fué que aquel hombre no tenia las cualidades ni la vocación necesarias para ser gran capitán, pues de haberlas tenido ya habria visto el mundo en el siglo xvii un Napoleon. Tenia, si, el egoísmo inaudito y la ambición incommensurable de mando, pero le faltaba el genio militar.

Su espíritu malo que le impulsaba continuamente á nuevas empresas injustas y codiciosas haciendo brutal escarnio de todos los derechos y de todas las leyes era Louvois. Este hombre brutal, insolente y soberbio seguía en primera línea su instinto innato y en segundo lugar sabia que halagaba á su amo, tan vano y ambicioso, con sus proyectos.

Apenas estaba firmada la paz de Nimega cuando en la cabeza de Louvois hervían ya dos planes generales con todos sus respectivos accesorios. El primero consistía en afirmar el pié en la península de los Apeninos, arrojar de ella á la primera ocasión favorable á los españoles fuertes en Milan y en Nápoles, y transformar todo el país en una dependencia francesa. El segundo plan tenia por objeto incorporar á la Francia todas las plazas fuertes de alguna consideración en las fronteras orientales y septentrionales, para hacer á su país invencible contra todos los ataques y tener siempre todas las puertas abiertas para atacar impunemente á los demás.

El baluarte natural de la Italia contra un ataque por parte de la Francia eran los Alpes, y la guarda de los Alpes el duque

de Saboya, cuyos dominios y territorio muy respetables se extendían por ambas vertientes de la gran cordillera. Pero tanto el soberano como el país estaban completamente bajo la influencia francesa, porque desde el fallecimiento del duque Carlos Manuel II, ocurrido en 1675, ejercía la regencia su viuda María Juana de Nemours en nombre de su hijo Víctor Amadeo II, niño todavía. Esta mujer, francesa, liviana, apocada y pusilánime, se sometió ciegamente á Louvois que con una tiranía y un despotismo que exceden todo lo creíble, disponía de su Estado como de una provincia conquistada por la fuerza. Para conocer la soberbia insolente, brutal é insoportable del gobierno francés de aquella época cuando se las había con un débil, no hay mas que leer la historia de las relaciones entre la Francia y la Saboya de entonces.

En son de amo absoluto, prohibió el gobierno francés al joven duque su proyectado casamiento con una princesa austriaca, proponiéndole en cambio por esposa la heredera del trono de Portugal, plan muy astuto y que tenía las simpatías de la duquesa madre, la cual á favor de este plan esperaba prolongar su regencia. Mientras tanto el gobierno francés proyectaba apoderarse de toda la Saboya y el Piamonte, con sus importantísimos pasos de los Alpes, haciendo para ello valer ciertos antiguos derechos que pretendía tener la corona de Francia sobre estos países; porque en el caso de realizarse el casamiento propuesto habría tenido que ir á vivir el joven duque á Portugal. El joven, sin embargo, no quiso de ninguna manera abandonar la herencia de sus mayores, y la nobleza y el pueblo piamontés se opusieron con gran calor á un proyecto que según veían, podía acabar con su independencia de nación tanto mas fácilmente, cuanto que entonces ya era medio francesa la Saboya propiamente dicha.

Por este lado, pues, no era fácil poner pié firme en Italia; pero á falta de este tenía Louvois otro medio á mano para lograr su intento, y si también faltaba, pensaba acudir á otro tercero. Entre el Piamonte y el Milanesado español encontrábase entonces intercalado el territorio de Monferrato con Casale, una de las plazas mas fuertes de toda la Italia; distante pero dependiente del pequeño ducado de Mantua. El duque de Mantua, joven, dilapidador y cargado de deudas, se mostraba bastante accesible al oro francés y así se le propuso la venta á la Francia de la citada plaza de Casale, á cuyo fin se sobornó en diciembre de 1678 á su ministro Mattioli. Claro está que con Casale habría adquirido la Francia una posición excelente en Italia, desde la cual podía tener el Piamonte en obediencia y en jaque el Milanesado; pero este segundo plan tuvo la suerte del primero. Fué la causa de este descalabro el mismo Mattioli, que despues de vender su patria y los intereses de su soberano al extranjero, hizo traición á éste en 1679, y á cambio de una recompensa crecidísima, descubrió la trama al duque de Saboya y al gobernador de Milan. Quedó á Louvois el recurso tercero, que era la plaza de Génova. Esta república, que desde mucho tiempo había ganado la delantera en importancia mercantil á su rival Venecia, había perdido en cambio la importancia política antes y mas completamente que ésta. Estaba gobernada por su aristocracia, formada en verdadera corporación aislada del resto del pueblo, y que se había reservado el privilegio exclusivo del comercio al por mayor y marítimo, del giro de banca, y de las instituciones que le permitían ahogar en germen y al instante las resistencias y los motines que de cuando en cuando evidenciaban el descontento del resto de la población, ó como decían allí y en Venecia donde sucedía lo mismo «de la gente menuda» (*del popolo minuto*). Esta nobleza genovesa mantenía desde antiguo relaciones íntimas con España que

era para ella una mina de oro, ya por los giros y préstamos ya por los suministros del ejército, en el cual aun servían algunos de oficial. El gobierno francés se desvelaba por someter la república á su dependencia, á fin de tener un puerto donde desembarcar sus tropas en la eventualidad siempre inminente de una guerra en Italia, y además para dominar hasta en tiempo de paz la parte occidental del Mediterráneo con exclusion de toda otra potencia. A este fin fueron infinitas las molestias que el gobierno francés impuso á los genoveses para obligarlos á someterse. Ya se quejaba de que se perjudicaba á los buques franceses en el puerto de Génova con derechos y arbitrios excesivos; ó que los alfólies genoveses en Savona hacían el contrabando á Francia con la sal, ya reclamaba porque en su concepto la república construía demasiadas galeras, ó no había saludado el pabellon real con las salvas de costumbre. Esta última queja sirvió á Luis de pretexto para hacer bombardear en el verano de 1678, sin ningun aviso prévio, el arrabal genovés de San Pedro de Arena, el faro y dos fuertes.

En tales circunstancias temían los italianos cada dia ver ondear en sus llunuras la bandera de las flores de lis; pero la mirada principal del rey dirigíase por lo pronto á otra parte. La nube debía descargar sobre la Flandes y la Alemania occidental.

En los dos tratados de paz de Munster y de Nimega la diplomacia francesa había omitido de propósito precisar de qué manera debían entenderse las cesiones territoriales á su favor, si en las condiciones en que se hallaban al cederse ó en las que tenían antes, que abarcaban mucho mas. Cualquiera persona imparcial y de buena fe habría entendido que el objeto cedido se entendía en el estado en que se hallaba, único en que podía en justicia cederse y que de consiguiente era excusado estipular esta circunstancia expresamente. No así Luis, que ya había aprovechado esta aparente ambigüedad para apoderarse de diez ciudades de Alsacia que dependían y formaban parte directamente del imperio. Igual usurpación llevó á cabo en los señoríos del mismo país que se hallaban en idénticas circunstancias de no tener mas soberano que el imperio como miembros independientes pero constituyentes del imperio mismo, y que efectivamente habían continuado así despues de la paz de Munster sin ser molestados por nadie. Luis XIV sin mas aviso, los agregó á la Francia, contra cuyo acto protestaron el emperador y el imperio en Nimega mismo; pero como dejaron pasar el momento favorable de reivindicar los fueros de la justicia, no produjeron sus representaciones ningun resultado. Siguiendo pues el camino ya empezado, apenas se hubo firmado la paz de Nimega, estableció Louvois una jurisprudencia tan estupidamente descarada y que conculcaba tan brutalmente toda idea de derecho, que difícilmente se encontrará en la historia un caso igual. Jamás había tenido nadie en época ni país alguno el valor de ultrajar con igual desfachatez los principios mas rudimentarios de la justicia, de la buena fe y del derecho. Pretendió que todos los territorios que en cualquiera época hubiesen formado parte, ó estado en algun grado dependientes, de las provincias cedidas en los tratados á la Francia, pasaran bajo el dominio del nuevo dueño como las provincias cedidas. Además, no habiéndose estipulado expresamente en la paz de Nimega la reinstalación del duque de Lorena en su ducado, Louvois sostuvo que este país pertenecía también á la Francia, como igualmente, todos los territorios que habían formado parte ó dependido de él y todos los feudos presentes y pasados de los obispos de Metz, Toul y Verdun.

Tanto sedujo esta nueva teoría de derecho al rey Luis XIV, que la hizo suya y puso todo su afán en llevarla hasta sus

últimas consecuencias. Empezóse por intimar á los tres obispos que diesen una relación de todos los feudos que sus predecesores hubiesen concedido en cualquiera época; á lo cual ellos contestaron que les era materialmente imposible cumplir con semejante encargo, y que en cambio solicitaban que el rey nombrase un tribunal especial para la evicción de todas las usurpaciones de que sus respectivas diócesis habían sido y eran todavía víctimas. Este fué el origen de las llamadas *salas de reunion*, ó sean «comisiones investigadoras para la reincorporación de territorios separados, pero en alguna época dependientes de otros,» como en el caso presente, de los tres obispados, de Lorena, etc. Estas salas formaban parte del parlamento de Metz, y empezaron á funcionar sin demora en el mes de diciembre de 1679. En seguida los parlamentos ó tribunales supremos de Besanzon y de Breisach recibieron orden de instalar análogas comisiones investigadoras en el Franco Condado y la Alsacia, y mandar ocupar en nombre de la Francia los territorios que con arreglo á la investigación debieran ser reincorporados. Es decir que la parte interesada formaba tribunal para entender y fallar en las reclamaciones que tuviese á bien hacer, y esto tratándose, no de un pleito con un particular cualquiera, sino de señores, príncipes y Estados que aunque incomparablemente mas débiles que el rey de Francia, eran tan soberanos en sus dominios como él en los suyos. ¡Qué burla y escarnio de la ley, hacerse acusador y juez en causas contra personas que podrían haber hecho prevalecer iguales pretensiones respecto de la Francia con partes perfectamente independientes y en perfecta igualdad de derecho! Mas el rey Luis XIV estaba decidido una vez firmada la paz de Nimega á no admitir mas límites á sus pretensiones que los de su poder material.

Las nuevas salas, con la complacencia que en todo tiempo han mostrado constantemente los jueces franceses para servir á la autoridad dominante, se apresuraron á cumplir su misión patriótica en el sentido mas lato. En el curso del mismo año 1679 dió el parlamento de Besanzon por uno de sus pretendidos fallos mas de 80 aldeas á su soberano, á costa principalmente del duque de Wurtemberg, soberano del condado de Montbeliard, el cual fué poco despues, á principios del año siguiente, declarado en toda su extensión territorio francés. La sala suprema de Breisach declaró en marzo de 1680 á todos los señores, príncipes y ciudades independientes de Alsacia, ciudadanos de este landgraviado, y de consiguiente súbditos del landgrave reinante, el rey de Francia. Todos se sometieron sin resistencia excepto la capital Estrasburgo hasta que también sonó despues la hora fatal para ella.

El parlamento de Metz excedió á todos sus compañeros en desfachatez y procedimientos radicales, porque intimó simplemente á los condes de Salm y de Saarbruck, á los condes palatinos de Veldenz y Lutzelstein y al duque de Dos Puentes, todos magnates independientes y miembros del imperio alemán, la orden de prestar homenaje y someterse á la Francia como antiguos vasallos de los tres obispados antes mencionados; y como no hiciesen caso de semejante insolencia, fueron inundadas sus posesiones de tropas francesas, é incorporadas á la fuerza. El electorado de Tréveris perdió sus territorios enclavados en la Lorena, y entre muchos otros pueblos, tres de ellos, situados á orillas del Mosa, bajo el pretexto de que el rey Pepino los había cedido á aquel arzobispado reservándose los derechos de soberano y de protector.

Los perjudicados en plena paz y así despojados de derechos seculares, acudieron en queja al emperador y al imperio; y el primero hizo por medio de su embajador vivas re-

clamaciones en Paris. Luis XIV se declaró dispuesto á encargarse á una conferencia la resolución pacífica de todas estas cuestiones; pero al mismo tiempo, como para mofarse mas descaradamente del emperador, de los príncipes del imperio y de la justicia, consumó tres nuevos ultrajes y de la peor especie: la incorporación á la fuerza de Estrasburgo, del condado de Chini que componía la mayor parte del ducado de Luxemburgo y del ducado de Dos Puentes, amén de otros actos y violaciones en Italia.

Una sola ciudad había quedado al imperio alemán en la orilla izquierda del Alto Rhin, pero en cambio era casi la mas importante, Estrasburgo, el baluarte de la nacionalidad germánica del cual el emperador Carlos V había dicho, que si Viena y Estrasburgo se viesiesen simultáneamente asediadas, acudiría primero al socorro de la última. En la guerra de treinta años había perdido mucho de su antiguo esplendor en todos conceptos, y habíase vuelto, de gran centro intelectual y de actividad política, un pueblo de espíritu estrecho, mezquino y miserable como tantas otras ciudades libres de Alemania en la misma época; pero por lo menos había conservado su opulencia, su comercio y sus fuertes muros. El cinturón férreo del poder superior francés iba estrechándose al rededor de la ciudad; las vejaciones que el codicioso vecino inventaba para mortificarla iban continuamente aumentando. En la población había dos partidos; la clase media y la baja se mantenían fieles al imperio; querían conservar sus libertades y fueros municipales, é estaban á los magnates á adoptar una política antifrancesa decisiva y medidas serias de defensa. La clase rica, las familias patricias, ó sean los prohombres que gobernaban, solo deseaban no perjudicar sus intereses propios, por cuyo motivo habían aconsejado en la última guerra la neutralidad que los había indisputado con todo el mundo. Firmada la paz de Nimega, estos gobernantes para hacer una pequeña economía, licenciaron las tropas mercenarias de la ciudad, menos 500 hombres, y del mismo modo, por ahorrar unos cuantos miles de florines al mes, dejaron de pertrechar la ciudad de provisiones de boca y guerra. A esto se agregó que de los 500 soldados eran la mitad inválidos para la guerra, y lo peor de todo que moralmente lo eran también muchas familias principales, cohechadas con el oro francés, en primer lugar el secretario del consejo municipal; y todas ellas naturalmente trabajaban con afán á favor del rey cristianísimo. Explicaron pues á Louvois el estado de la ciudad, aprovechando la ocasión de una embajada que habían enviado en otoño de 1679 á Paris, y allí echaron las bases de una capitulación, que se lisonjearían de que sería aceptada por el pueblo sin mucha resistencia. Hecho todo esto, el rey y su ministro aguardaron la oportunidad propicia para dar el golpe, la cual se presentó en el verano de 1681.

Los progresos que iba haciendo la revolución en Hungría, y las notables ventajas que había alcanzado, obligaron al emperador á convocar el parlamento de aquel país, que había anulado casi todos los fueros y privilegios usurpados por la corona, y obligado al emperador Leopoldo á conceder una amnistía general. Con estas ventajas se habría contentado de buena gana el jefe de la insurrección Tököly y habría desistido de continuar la guerra, que á la verdad en aquel momento tenía grandes probabilidades de éxito mediante el auxilio de los turcos, aunque á costa de la libertad del país y de la religión cristiana; pero los parciales y amigos de Tököly le obligaron á seguir adelante, algunos movidos por su espíritu nacional revolucionario, y otros por intereses egoístas. Hasta entonces la Puerta se había negado tenazmente á faltar á la paz de Vasvar, porque estaba ocupadísima en su guerra contra los rusos; pero Luis XIV trabajó con

ahinco para una reconciliación entre ambas potencias, con el objeto de empeñar al gobierno turco en una lucha contra el emperador Leopoldo y de tener á este ocupado por el lado de Oriente, á fin de distraerle del Rhin. Para lograrlo se humilló el rey cristianísimo, tan fabulosamente escrupuloso tocante á su dignidad en el Occidente, y aguantó los insultos mas sangrientos del gobierno de Constantinopla, solo para hacérselo propicio y flexible, cohechando además con grandes sumas á todas las personas influyentes. En una de las sesiones solemnes del Divan, expulsaron los turcos de aquel consejo al embajador francés con las palabras: «¡Largo de aquí, perro cristiano!» El almirante Duquesne, el héroe de la marina francesa, hubo de restituir las embarcaciones piratas de Berbería que había apresado; pero Luis XIV á todo se avino y á todo se sometió. Finalmente logró su intento y la Puerta firmó un tratado con la Rusia para dirigir sus armas contra el emperador de Alemania. El gran visir, Cara Mustafá, cuñado y sucesor de Ahmed Köprili, hombre muy ambicioso, consintió en celebrar una alianza con Tökoly á fin de impedir que este se reconciliara con el emperador.

Con la perspectiva de una guerra contra los turcos, poco ó nada podía hacer el emperador en favor de Estrasburgo; Luis y Louvois triunfaban. El 27 de setiembre de 1681 se presentaron tres regimientos de dragones delante de la ciudad y cortaron su comunicación con Alemania, y al cabo de dos días llegó Louvois é intimó la rendición amenazando, en caso contrario, con llevarlo todo á sangre y fuego. El consejo municipal, pusilánime y en gran parte vendido al enemigo, capituló sin resistencia alguna, bien que bajo condiciones muy ventajosas si no hubiesen sido una mera farsa, y en 30 de setiembre (estilo nuevo) de 1681 fué entregada la ciudad á los franceses. Tres semanas despues hizo el rey su entrada triunfal, y el obispo traidor de la diócesis, Fuers-tenberg, á quien ya hemos conocido como canónigo de Colonia, le recibió en la catedral, protestante hasta la rendición de la ciudad, y desde entonces católica, con las palabras de regocijo: «¡Señor, ahora podrá morir tu siervo en paz!» La población era en su inmensa mayoría protestante, pero al poco tiempo estuvieron todos los empleos en manos de la pequeña minoría católica, y se prescindió de la constitución garantida en la capitulación, concentrándose todo el celo del gobierno francés en asegurar la posesión perpetua de la plaza. Al día siguiente de la entrada de Louvois, se levantó el plano de los alrededores, y al otro día llegó Vauban para disponer y dirigir las nuevas fortificaciones. En primer lugar se levantó una ciudadela tanto para tener sujeta la población como para defenderla contra los enemigos exteriores, de suerte que el antiquísimo baluarte alemán contra los franceses vino á servir entonces para facilitar á estos sus ataques á la Alemania y para cerrar á los alemanes completamente las puertas de la Alsacia. Jamás la fuerza bruta y la violencia habían conseguido tan gran victoria, debida principalmente á la prevision del gobierno francés de conservar su ejército en pié de guerra, cuando despues de la paz de Nimega las demás potencias se habían apresurado á licenciar los suyos y á desarmarse.

Desde entonces han quedado condenados los pueblos á mantener ejércitos permanentes.

La toma de Estrasburgo no fué el único ataque que dió Luis XIV al derecho y á la seguridad de Europa.

Grandísima era su furia contra Mattioli, con cuya intervención se había creído ya casi seguro de apoderarse de la plaza fortísima de Casale, y no paró hasta lograr tener á este traidor en su poder. Encerróle por toda la vida en una fortaleza, y Mattioli fué uno de los muchos de quienes sin ra-

zon ni fundamento se supuso que eran *el hombre de la máscara de hierro*.

No se desanimó Luis XIV con el mal éxito de la intriga de Casale, y continuó negociando con el mayor sigilo. Durante mucho tiempo resistió Carlos de Mantua con gran tesón á todas las proposiciones de enajenar la joya mas brillante de su corona y con ella su honor; pero el oro brillaba; su conciencia era elástica y solo le faltaba un motivo plausible para proceder á la venta, satisfacer sus pasiones depravadas y salir de los compromisos apremiantes que le acarreaban sus vicios, especialmente el juego. España reclamaba la cesión del principado mantuano de Guastalla á favor de un noble español que tenía derecho á él, y amenazaba ocuparlo á viva fuerza para su protegido, si no se le daba pacíficamente. En cambio no cumplía con sus obligaciones de entregar periódicamente, según cierto tratado, las sumas necesarias para tener en buen estado las obras de Casale. La Francia, en cambio, solo pedía el derecho de ocupación, no la cesión de la misma fortaleza, ofreciendo por este derecho 100,000 onzas de oro. En julio de 1681 concertóse la venta, que fué realizada con una farsa por demás indigna. Fingió el gobierno de Luis XIV que llevaba preso al general de brigada Catinat á la fortaleza de Pignerol, en la frontera del lado del Piemonte; allí fué concentrando paulatinamente tropas, y cuando estuvieron ya en número suficiente arrojó Catinat la máscara, y en lugar de ser preso de Estado, se puso con su auxiliar Bouffiers á su cabeza y pidió á la regente de Saboya el libre paso al través de su ducado. Provisto luego de los poderes del duque Carlos de Saboya, presentóse en 30 de setiembre de 1681 delante de Casale, y entró en la plaza el mismo día y casi á la misma hora en que sus compatriotas entraban en Estrasburgo.

A esto siguieron las otras muestras ya mencionadas de la rectitud, honradez, intenciones pacíficas y respeto á los tratados del rey de Francia. La sala de reunión de territorios de Metz decretó la incorporación al territorio francés del condado de Chini, que componía casi todo el ducado de Luxemburgo, y en octubre de 1681 las tropas francesas tomaron posesión de aquel territorio y bloquearon por todos lados su capital, Chini, llamada también el Gibraltar del Norte, excusándose con el pretexto de que esta fortaleza era una amenaza contra las plazas francesas de Longwy y Thionville. Claro está que con semejantes razones cualquiera potencia tendría derecho para apoderarse sucesivamente de toda la Europa; mas por lo pronto nadie ofreció resistencia contra tan escandalosos abusos de la fuerza, que caían como golpes de pesada maza sobre la Europa, cansada de tantas guerras y desolación y como embotada y entorpecida ya en sus sentimientos. Pero á pesar de esta pasividad estúpida, se engañaron Luis XIV y Louvois en sus bárbaros cálculos, porque hiriendo todos los intereses acabaron por excitarlos á todos contra sí, y si Luis no hubiese estado ya cegado por la demencia de la autocracia igual á la de los omnipotentes emperadores romanos, hubiera visto que provocaba nueva coalición mas general y mas aterradora que las de 1673 y 1674. Los tribunales ó cámaras de reunión habían echado á rodar con sus indignos atropellos todos los resultados obtenidos por la hábil política de Lyonne y de Pomponne.

Estos tribunales decretaron, y el brutal é insolente Louvois efectuó, la ocupación del ducado de Dos Puentes; pero este territorio pertenecía al rey Carlos XI de Suecia como herencia de su padre. Semejante acto de brutal despojo enfureció al sueco, ya de sí rudo y terco, contra su aliado francés, de tal suerte que declaró rota la alianza, que había durado ya mas de medio siglo, y se alió con la Holanda para la defensa del tratado de paz de Nimega, porque Guillermo de Orange

el lugarteniente de la república había salido también perjudicado por las famosas salas de reunión de Luis XIV. En la primavera del año 1682 reuniéronse también el emperador y gran número de miembros del imperio alemán, y formaron contra la Francia la alianza llamada de Laxenburg, diciendo el emperador que no pasaría hasta haber castigado á aquel país y que no permitiría que extendiera su dominio sobre la Europa. Hanover y otros miembros del imperio estaban también dispuestos á entrar en la alianza, por temor de ver implantada la Bastilla en su país, mas á pesar de las vivas instancias del emperador y de Guillermo de Orange no se rompieron las hostilidades por culpa de Inglaterra, que con gran pesar de todos se hallaba mas atada que nunca al carro de la Francia. Al mismo tiempo la Alemania no podía contar ya con el elector de Brandeburgo, que no perdonaba á sus antiguos aliados su felonía del año 1679, y que esperando mejores tiempos se había echado en brazos del rey cristianísimo, que le pagaba por su alianza una subvención anual muy crecida. No pareció tampoco al brandeburgués oportuno el momento para una coalición contra la Francia á la cual quiso tener á raya por otros medios, es decir, por un tratado celebrado en enero de 1682, por el cual Luis XIV renunció á nuevas incorporaciones de territorios y se obligó á arrasar las obras de defensa de Friburgo, en cambio de lo cual el de Brandeburgo prometió guardar neutralidad.

Pronto se vió que este último había acertado.

Tökoly, obligado por sus partidarios, en gran parte comprados con el oro francés, celebró con los turcos un convenio en 1682, declarándose su vasallo. En cambio los turcos le reconocieron como soberano de la Hungría Alta, bien que mediante el tributo de vasallaje que debía pagar anualmente á la Puerta, y además le prometieron auxilio contra el emperador. Este tratado vergonzoso fué causa de que muchos húngaros rectos y nobles abandonaran las banderas de Tökoly, cuando ya por otro lado se alzaba la media luna de los infieles amenazadora contra el emperador. La Francia entretanto bajo mano desde la Polonia proveía á los sublevados húngaros de dinero, á fin de poder hacer su voluntad á orillas del Rhin sin temor de ser molestada por la corte de Viena, cuya situación era tan apurada, que por falta de medios se había visto precisada á reducir su ejército á 25 ó 30,000 hombres. Por su fortuna, en estas circunstancias los otros miembros del imperio se mostraron dispuestos á acudir al socorro del emperador con toda su energía, pues que se trataba ya de salvar toda la Alemania de la tiranía turca. A mayor abundamiento presentóse entonces otro aliado nada despreciable, al cual impulsó á dar este paso la brutal insolencia y duplicidad de Luis XIV. Era Juan Sobieski, que durante muchos años había permanecido fiel y adicto á su protector; pero á quien un ultraje personal de este y su amistad con los turcos enemigos eternos de la Polonia, impulsaron á la alianza con el Austria. La esposa de Juan Sobieski era natural de Francia, hija de la familia de Arquien, de la pequeña nobleza y de consiguiente había sido súbdita de Luis XIV, por cuyo motivo no quiso este rey tratarla como reina é igual en categoría. A todos estos agravios juntó el amargo desengaño que resultó de la correspondencia entre Luis XIV ó sus agentes y Tökoly y los turcos, correspondencia que el emperador de Austria había interceptado y que presentó á Sobieski. Con esto el rey de Polonia rompió definitivamente con el de Francia.

En mayo de 1683 marchó Cara Mustafá con 230,000 hombres desde Belgrado directamente sobre Viena, tomando de paso y en breve tiempo las fortalezas húngaras que halló en su camino, y llevando la intención seria de conquistar el Austria. Ya sus destacamentos de caballería recorrían el país

desde la Moravia hasta la Carintia, llevándolo todo á sangre y fuego; y el general imperial, el duque Carlos de Lorena, no disponiendo mas que de 33,000 hombres, no podía pensar en hacer una resistencia seria y se iba retirando delante del enemigo hasta la llegada de auxilios alemanes y polacos.

La corte imperial estaba consternada y no sabía qué hacer; el emperador, á toda prisa, con las personas que le rodeaban y todo lo que en la precipitación pudo llevarse salió de la capital y se retiró á Linz, y todos los que pudieron se fueron tras él. Si Cara Mustafá no hubiese perdido una semana en el camino, asolando horriblemente el país llano; si se hubiese contentado con tomar las pocas plazas fuertes que le estorbaban el paso y se hubiera presentado delante de Viena, es seguro que la habría tomado en el primer momento de terror, con sus fortificaciones enteramente desmoronadas. Aquella semana de devastaciones fué la salvación de Alemania y quizá de todo el Occidente.

Tampoco aprovechó Luis XIV esta angustiosa situación de la Alemania para atacarla de repente, á pesar de que la opinión pública de toda la Europa solía designar á la Francia como país «que se había puesto ya el turbante.» Calculaba que el imperio alemán, al verse perdido, se arrojaría voluntariamente en sus brazos como único salvador posible, á cuyo fin ofreció repetidas veces un armisticio de treinta años sobre la base de las incorporaciones hechas; pero el Austria en medio de su terrible situación, usó un lenguaje muy altanero, y mientras los turcos se presentaban delante de Viena el emperador amenazó á la Francia con la guerra. Semejante audacia sería digna de admiración si hubiese sido efecto de alguna cualidad noble y grande; pero solo era resultado de la ciega ignorancia y de la cortedad de talento. Las amenazas de guerra por parte de España tampoco pesaban nada en la balanza; y Luis XIV contestó á ellas enviando 35,000 hombres á Flandes en 1.º de setiembre de 1683.

La suerte de Europa pendía de Viena. Si esta ciudad caía en manos de los turcos, quedaba solo la alternativa de ser el continente turco ó francés; así es que todo el mundo civilizado tenía la mirada fija en la capital del Austria, teniendo muy poca confianza en sus habitantes, cuya pasión por las diversiones parecía hacerlos ineptos para una resistencia seria. La experiencia mostró que no lo eran tanto, y que supieron defenderse como los parisienses despues, en 1870, en el sitio de París.

El duque de Lorena en su retirada hacía el Norte, á la Moravia, donde pensaba aguardar la llegada de los contingentes alemanes y polacos, tuvo tiempo de hacer entrar en la capital un cuerpo de 14,000 valientes bajo el mando del conde Ernesto Rugiero de Staremberg, militar perito, previsor y heróico. Aplicando todas las fuerzas disponibles logró este general restaurar de algun modo en pocos días las obras de fortificación de la capital, y formar al propio tiempo de estudiantes y artesanos un cuerpo de 8,000 hombres que prestó luego excelentes servicios. El 14 de julio llegó Cara Mustafá con unos 200,000 combatientes; cercó la ciudad, y á no ser por la torpeza y pésima dirección del ejército enemigo habría sucumbido Viena, en cuyas murallas y baluartes mal arreglados solo pudieron sostenerse los defensores haciendo esfuerzos sobrehumanos y apelando á su extraordinario valor y tenacidad jamás desmentidos ni vacilantes. A pesar de todo, acabándose las municiones de boca y guerra, á principios de setiembre parecía que Viena estaba perdida, pues el enemigo había abierto dos grandes brechas en las murallas. En estas circunstancias llegó el auxilio.

Cara Mustafá, tan torpe en la dirección del sitio, tampoco supo impedir la unión de los contingentes alemanes y polacos con el ejército de Carlos de Lorena cerca de Tulln en la